

# ELLAS,

## GACETA DEL BELLO SEXO.



### Costumbres antiguas Españolas.

#### — VENTA

#### DE HOMBRES POR MUGERES EN MALLORCA Y VALENCIA.

Si por lo general han sido miradas las mugeres de menos valer que los hombres, tambien ha habido ocasiones en que los pueblos no solo las han concedido el que tienen, sino que se le han aumentado con grandes creces, y otras en que las mismas mugeres se le han ganado, haciendo conocer al hombre que son mas temibles que lo que se les figura cuando quieren y saben hacer respetar sus derechos y vengarse de sus injurias.

En el 2.º caso nos prueba la historia antigua su valor y denuedo en mil ejemplos de mugeres fuertes ya en particular ya coligadas en la famosa liga de las Amazonas; y en el primero la historia romana nos recuerda el robo de las Sabinas, probándonos en él que por mas valandronadas que echemos, la muger es nuestro apoyo, nuestro consuelo y nuestra delicia; que nos es imposible vivir sin sus cuidados, y que sin ellas no existiria el género humano. Las gloriosas defensas de Gerona contra los moros en tiempo del conde de Barcelona *D. Ramon Berenguer*; la de Plasencia contra los ingleses en el siglo XIV, y otras debidas solo

al valor de las mugeres, que podriamos citar, y su arrojo en los famosos dias gloriosos á la par que funestos de Numancia, Sagunto, Astapa ó Estepona en los tiempos antiguos, y de Jativa y otros en los modernos, prueban suficientemente el denuedo varonil de nuestras españolas tan heroicas como las Amazonas, y poco tendriamos que revolver para encontrar en la historia lo que valen por su hermosura, gentileza y *donaire*, dotes que haciéndolas envidiables de todos los demas pueblos, han causado algunas guerras por quererlas arrebatarse de nuestro suelo, para engrandecer los serrallos de los tiranos de Oriente. El llamado feudo de las cien doncellas, de que aun se habla tanto por tradicion en nuestra España, declara suficientemente de cuanto aprecio fueron nuestras bellas para los voluptuosos árabes, cuando á trueque de ellas perdonaban parias de gran valor, y aun el poseer acaso grandes terrenos bajo su dominio.

Dejando por ahora todos estos recuerdos que ceden en beneficio de nuestras bellas á quien nosotros acatamos y adoramos, como agradecidos á sus bondades, y recordando que las debemos la vida en todos conceptos, vamos á dar razon de una estraña costumbre que parece existió en lo antiguo en nuestras Baleares.

Hemos leído en una crónica antigua de Mallorca, y en dos códices M. S. S. de

lo que sin duda tomara el cronista de España Benter, la noticia que dá en el capítulo 14 de su obra, que en los tiempos antiguos tenían tal afición los mallorquines á las mugeres de Valencia y á las de las costas de Cataluña, que daban en cambio de cada una que se les presentaba cuatro ó cinco hombres. A fin de poder lograr su designio, los naturales peleaban unos con otros, y haciéndose cautivos, los vencedores vendían á los vencidos á los comerciantes cartagineses que traficaban con esclavos que vendían en los mercados públicos. Los piratas del Mediterráneo asaltaban á las mugeres bonitas de la costa para llevarlas á cambiar por hombres á Mallorca, persiguiendo con doble empeño á las valencianas, por las que se daban mas esclavos como bellezas de mas valor, en lo que no acreditaban los Mallorquines tener mal gusto, puesto que segun un amigo nuestro de cuya opinion somos, las hijas de Valencia son las huries divinas que habitan el paraíso español desde el que tienen cautivado por su hermosura á toda la nacion, que envaneciéndose con su belleza las tiene por su mas precioso y rico producto.

Ocupada Mallorca amistosamente por los Cartagineses, dicen las crónicas, que los soldados que se hallaban de estancia ó de guarnicion, deseando poseer Valencianas á trueque de Mallorquinas, empezaron á cautivarlas al efecto, pero que hirviendo en los isleños la sangre española, que no sufre impunemente ultrajes de extranjeros por amigo que sea y ventajas que le proporcione, se levantaron contra los Cartagineses con tal decision, que en un dia acabaron con cuantos soldados habia en la isla. Sin la gran prudencia, amabilidad y tino del general cartaginés *Hamilcar*, los de Cartago hubieran perdido para siempre las Baleares, pero enviado este á pacificarlas de orden del Senado de Cartago; fingió aprobar su arrojado culpando á los soldados muertos, y repartiendo dádivas entre los prin-

cipales, ganó su voluntad. Con este motivo trató *Hamilcar* de quitar la costumbre de vender hombres por mugeres, y si no la concluyó de extinguir el padre del grande Annibal, que nació en estas islas, no tardó en perderse en beneficio de los isleños, á medida que fueron sabiendo apreciar el valor de sus mugeres, entre las que las hay tan hermosas, que en nada desmerecen de las mas bellas de Valencia.

Las de este reino, que aumentan sus gracias diariamente, no estuvieron mas seguras al concluirse la costumbre mallorquina, pues los árabes han invadido muchas veces las costas de Valencia para robar mugeres para los serrallos de sus señores que las aprecian en mas que á sus odaliscas y circasianas, cuyo gusto los alabamos, convencidos que á no bajar del cielo, no puede haber en la tierra mugeres que reúnan tanta gracia, hermosura, viveza y talento como nuestras españolas meridionales.

B. S. CASTELLANOS.

### A una hermosa Noche.

Ser misterioso de mis sueños de oro;  
noche que allagas mi existencia triste;  
bendita tú, que inspiracion me diste  
pura y hermosa cual tu cielo azul;

Sublime tú, consoladora y bella,  
que formas el encanto de mi lira;  
contemplo tus primores y me inspira  
de tus estrellas el bordado tul.

Me inspiran de tu luna plateada  
los rayos melancólicos que admiro;  
por eso noche con amor te miro,  
por eso te saluda el corazon;

Bendigo ¡oh noche! tu divino aspecto;  
y bendigo tus sombras misteriosas,  
que cruzando el espacio silenciosas  
dan á mi pobre mente inspiracion.

Hermosa tú, simpática y querida  
del mortal que te busca con anhelo,  
para llorar engaños de este suelo,  
falsías de este mundo corruptor;

Felice tú, que escuchas amorosa  
las nocturnas plegarias del amante

y una hora de reposo, un dulce instante,  
le guardas en tu seno bienhechor;

Nocturnas horas de silencio y calma  
que mis sueños velais de trovadora;  
venid á mí, cual cítara sonora,  
dejad que incline mi abatido ser;

Venid, horas benéficas de gloria,  
dejadme contemplar la noche triste,  
dulce consuelo del mortal que existe  
abrumado de intenso padecer.

Ven á admirar mortal: contempla y calla;  
¿no sientes, di, tu alma sublimarse  
tu corazón henchido dilatarse,  
y en medio de la noche sonreír?

¿No miras, di, la bóveda celeste  
de brillantes estrellas tachonada?  
¿No sientes ¡ay! tu ánima estasiada  
y á su maga influencia sucumbir?

El misero que llora un bien perdido,  
busca en la noche celestial reposo;  
y soñando se cree mas dichoso,  
sin pensar en la ingrata sociedad;

Vino el día y con él sus desencantos,  
y mueren las doradas ilusiones  
y el que dormido vió gratas visiones  
despierta con la triste realidad.

¡Reina del universo predilecta!  
¡Soberana matrona magestuosa!  
Yo admiración te rindo, noche hermosa,  
porque alhagas mi triste juventud;

Te ostentas bella, sin igual radiante;  
eres con tus misterios la divina;  
tu imagen seductora me fascina,  
y vibra entre tus sombras mi laud.

Valladolid octubre 1831.

VENANCIA LOPEZ VILLARILLE.

### UNA NOCHE DE SARAO.

Siguiendo la noble tarea que me impuse, hermosas compatriotas mías, y usando según costumbre de este franco y sencillo estilo que la providencia ha sido servida concederme, aquí me teneis otra vez pluma en ristre, preparado á dedicaros las malas y emborronadas líneas que la mano se deje brotar sobre el papel, y dispuesto á sufrir el voto que vuestra opinión formule sobre mis mal pergeñados escritos. Si la dulzura y la afabilidad no fuera una propiedad esclusiva de vuestro carácter, mucho debiera temer al inau-

gurar las cuartillas que voy llenando inadvertidamente, pero ya os he dicho en otra ocasión la grata confianza que me inspirais y de aquí el que me presente siempre con alguna desenvoltura y atrevimiento. Sois muy complacientes.... y os lo agradezco.

Ahora bien, me direis, sobre que versará el artículo que va haciendo?—Ahí está el busilis y os voy á sacar de la duda inmediatamente.

A hablaros con franqueza, tenia varias ideas cuando empecé á escribir para el presente número de *Ellas*, pero entre todas ninguna me pareció oportuna y una vez incomodado pensé no tener el gusto de ser leído por las hermosas á quien tanto aprecio. Pero como en la mas sencilla cosa suele fijarse impensadamente la atención, acordéme de esto mismo hace algunas noches en casa del conde de , y allí espero que me acompañeis pues os aseguro quedará satisfecha vuestra imaginación al presenciar las incidencias que se preparan. Antes es preciso advertiros que vamos de baile, pero nó á un baile de confianza, á un baile de *etiqueta*: por esto deseo que alguna me acompañe y así tendremos lugar de observar con mas detenimiento cuanto ocurra.

¡Ah! eres tú hermosa ninfa de ojos negros la que se decide á venir conmigo? ¡Cuanto me alegro! Siempre he tenido una marcada inclinación á las bellas de ojos grandes y rasgados y siempre ha estado en ellas mas fijo mi pensamiento! Dice tanto una de estas miradas! Hay tanta dulzura, tanto atrevimiento, tanto de sublime en un par de ojos de esta clase que no hay remedio... me hacen sucumbir. Por eso, son para mí de tal valía y por eso... Perdonadme esta confesion, cuando á todas os he manifestado mi afecto. Vamos al baile, prima.

Dejaremos rodar nuestro coche. ¡Cas-pita! Ya me aprietan estas botas. Veremos lo que duran.

Paró el carruaje. ¡Ah! nos hallamos en el patio de palacio del conde: pronto hemos hecho el viaje: bajemos: ¡Ola! que iluminado se encuentra. ¡Bonitos faroles! hermosos fiestos! blanda y resbaladiza alfombra; ya se deja sentir ese delicado aroma que se eleva de los grandes pebete-

ros.—Que te parece, Lucinda? no puede compararse la escalera de esta casa á la idea que nos podamos formar de lo que será la entrada en la gloria? Mira los dependientes, con que amabilidad y fino modo nos indican los salones que hemos de atravesar. Me sorprende tanta araña y candelabro, tanto brillo en las paredes y tal aglomeracion de muebles; este es salon de descanso; pues y el de baile? ¡ya! es este en que entramos ahora: ¡magnifico! vamos Lucinda, que la orquesta no te dejará nada que desear. Observemos.

Una cosa me ha fastidiado, y es los cumplimientos de fórmula por que hemos tenido que pasar antes de hallarnos en el salon: tanta cortesía y movimiento me incomodan, pero en fin es la regla: la etiqueta lo exige y es preciso cumplir con ello.

En cuanto á decorado no podemos apetecer mas, de mucho gusto son esas colgaduras de terciopelo: la franja sola ha de valer bastante dinero. Las pinturas al fresco que nos presentan los techos bastan para recrear la vista, sin que necesite recurrirse á la hermosura de esos jarrones orientales, y el mágico efecto de los adornos en las columnas, ¿Cuánto de sublime y sobrenatural parece inculcar al alma solo la simple aspiracion del ambiente embalsamado que llena el espacio de este Eden! Que contraste tan singular nos ofrece el mundo al comparar el fausto que aqui se encierra con el repugnante aspecto de alguna pobre huardilla donde á estas horas estará espirando algun infeliz de miseria y de hambre! Aqui reina la mas completa alegria y alli el dolor mas profundo; aqui todo es grandeza y deslumbrante brillo, y alli tal vez á oscuras por no tener una moneda para una mala vela no les será dado ni aun contemplar las ennegrecidas paredes de su guarida. Aqui las estufas de mas coste sirven para templar las antesalas y alli transidos de frio lamentarán la falta de un carbon con que enervar sus ateridos miembros! Miserable condicion humana!

Dejemos, Lucinda, estas tristes reflexiones y prosigamos en nuestra diversion.

Bien se deja conocer el buen gusto de la gente de aguja de nuestros dias: que

perfeccion en los vestidos, que elegancia en los trajes... Pues y la parte de aderezos...? Con que primor están hechos los ricos pendientes de diamantes de la marquesa de ... ¡Oh! nada tiene que envidiarle la esposa del duque de L..., que siempre ha sido la primera en elegir lo mejor del arte de platería. — Mira, Lucinda, magnificos son los braceletes que lleva... su brillo es capaz de cegar al mas lince. El lujo y el beato están representados en este templo de ilusion, y te confieso que me ha de producir muy mal efecto salir mañana á la calle.

¿Quiéres convencerte ahora de la verdad de mis escritos cuando os hablo de la falsedad del corazon humano? Oye la conversacion que media entre esa jóven marquesa y el duquesito de....

—Lo dicho, señora, confio en que vuestra palabra será eterna.

—No creo haberos demostrado nunca mi inclinacion al engaño.

—Con vuestra correspondencia me haceis el mas feliz de los hombres: No es amor lo que siento hacia vos, es una ciega pasion que me abraza y en alimentarla estriba mi vida entera. Os adoro.

—Pienso que exagerais demasiado.

—El tiempo os afirmará en lo contrario.

—Y nunca me olvidareis?

—Oh nunca, nunca.

Creerás Lucinda, que estos dos tiernos amantes han de ser eternamente felices, y que con tales palabras no podrán separarse jamás?... Ya me lo dirás en cuanto te enteres de la conversacion del mismo duque con la jóven que está en el ángulo derecho.

—Ingrato! le dice.

—Por qué tal calificacion, señora? Os he dado motivo para apellidarme de ese modo?

—Pues no.... Ignorais que soy sabedora de vuestro engaño y de la falsedad de vuestras palabras.

—Veo que estais en un error. Sin duda ninguna que mis rivales trabajan en pró de sus planes y han logrado malquistarme con vos, disminuyendo de este modo el amor que me teniais.

—La verdad no se confunde tan fácil-

mente: tengo pruebas que me confirman vuestra perfidia.

—Permitidme, señora, disculpar tamaña ofensa. Nunca he podido olvidarme del cariño que os he profesado. La muerte únicamente podrá borrar de mi corazón un sentimiento nacido con el primer afecto de la vida. Me veis pálido, cadavérico y taciturno, ageno á los placeres del sarao, abismado en la mas contemplativa meditacion; pues esto es efecto de la pasion que arde en mi pecho; vos sola sabeis el modo de remediarlo y sin embargo pretendéis acrecentar mi padecer.

Ahi tienes, Lucinda, al enamorado duquesito; repara bien la serenidad de su rostro al sostener tan parecidas conversaciones y vuelve la vista hacia el lado opuesto. Hay una jóven, no de lo peor del baile; á ella se dirige el voluble duque.

— Bien venido, caballero; que estraña casualidad os permite aproximarnos aqui..

—Oh! señora, el seductor atractivo de vuestro semblante os podrá contestar mejor que yo á tan inesperada pregunta.

—No está fuera de su lugar.

—Páreceme que sí, cuando debeis tener presente mis últimas palabras.

— Cuáles?

— No os acordais?

— Sin duda.

— Tan pronto olvidásteis...

— Ah! duque, dispensadme esta risa; pero no puede menos de producirla esa serenidad que os caracteriza. Es imposible penseis en nada; estais *pálido, cadavérico y taciturno*, y os conviene otra vida mas tranquila. No os chanceeis...

— Acaso...

— No estábais diciendo hace poco que vuestra meditacion era efecto de...

— Del amor?

— Eso mismo.

— Y no puede serlo...

— Cierto que sí. Os aconsejo no le abandoneis...

La ira no puede sostenerse mucho tiempo en el interior, y pronto despechada se levanta la jóven de su asiento, y el duque recibe friamente una contestacion con lo cual quedan desde aquel momento entabladas las hostilidades. — Y no te parezca, Lucinda, que el duque sea un hom-

bre de estos preciados de sí mismos y convencidos de su importancia: muy al contrario, su modestia y su porte hacen creerle por todos un jóven de reconocida formalidad.

No quiero, prima, que escuches las demas conversaciones: en ellas hallarás la intriga siempre por modelo, el engaño por base, la mentira por recreo y la falsedad por costumbre.

Bailaremos un vals para distraer la imaginacion.

Son las dos y media: dentro de una hora empezará el alba á estender sobre la tierra su blanquecino manto.—Voy á mudarme los guantes.

Ola! que nos traerán aqui..? Ah! el refresco, buen provecho: estoy bastante acalorado y no me agrada esponerme á pillar una pulmonia: sorbete á estas horas... Y todos lo toman... Me contentaré con unos dulces...—Mira, Lucinda, cuantos dengues hace aquel caballero vestido por el último patron de *Le Lion*. —Páreceme que nadie gusta de nada, todos están inapetentes; pero los helados desaparecen. Pues y D. Julio?... el hijo del empresario de la plaza de toros... Bueno es que su padre sea rico capitalista, porque el muchacho sabe invertir perfectamente el metálico... ello sí no es un talento, pero en fin, le sobran *atractivos*... y basta.—El viejo D. Antonio, desde que ha sido elevado al alto puesto de consejero real, ni aun se digna saludar á sus amigos. — ¡Qué mofetes ha echado! La mala vida le tiene así. — Dejémoslos con sus locuras.

Y ellas? Echemos una ojeada para no desanimar á nuestras lectoras de *Ellas*. Mira la generala viuda de... haciendo gestos por los ofrecimientos que le rinden sus admiradores; no puede comerse una yema, sin que se vea acosada por otras mil. Con sus sesenta abriles á la cola tiene una dentadura brillante; de algo habia de servir el arte de Monasterio y MacKeehan; ese número de prosélitos lo debe á su belleza... es propietaria en Andalucía y pare V. de contar. — Observa el duquesito de nuestras escenas como obsequia á la jóven Emilia, y enfrente como centellean los envidiosos ojos de la mar-

quesita. Divertido cuadro. — Nunca he visto mayores narices ni boca mas desproporcionada que la de Julia, aquella que pasa ahora por en medio del corro, pues a pesar de toda su fealdad en grado máximo... lo crearás, Lucinda? aun se vé apurada para elegir entre tantos pretendientes; y no es rica: ella lo dice. — Los amores de la hija del baron son bastante notables para que vaya a referirtelos: baste decirte que aun no ha vuelto Eduardo desde su partida a Alemania, y la familia ha tenido que disfrazar el suceso de buena manera para dar punto a las murmuraciones que corrian acerca de la hija. — ¡Cuántas historias podrian escribirse de cada uno de esos personajes en particular...! — Dejados vivir y gozar.

He puesto punto y me parece bastante lo que he escrito.

Os prometo referiros algunos episodios que tengan relacion con el sarao del conde...

Por hoy hemos concluido.

SANTOS SEBASTIAN Y GIL.

### Dos Flores.

Blanca flor aromada  
tu cáliz cierra;  
que no lleven las auras  
tu pura esencia.  
Ve florecilla  
que envuelta en sus halagos  
huye tu vida.

Niña que al mundo naces,  
tierno capullo,  
cuida que tu alma virgen  
no halague el mundo.  
Que una tras una  
huirán las ilusiones  
que ora te arrullan.

¡Ay de la flor si el aura  
su aroma lleva,  
la ballarán en el valle  
mañana seca.  
Y ¡ay de la niña  
si llega a ser su imagen  
la flor marchita!

J. A. VIEDMA.

### A la Estatua de Cervantes.

Imágen de aquel genio que admiraron  
del Orbe las naciones, y fue encanto  
del castático coro, á dó llegaron  
los ecos del soldado de Lepanto;  
y á quien todos los genios tributaron  
respetuoso homenaje. En mi quebranto  
inmóvil sombra, bronce inerte y mudo,  
á aquel hombre inmortal en tí saludo.

JUANA M. DIAZ.

### LA SOLTERONA.

Acaso no hay un tipo, entre todos los tipos sociales, mas delicado ni espuesto para escribirlo que el de la *solterona*: delicado porque es muger; espuesto por la posicion que ocupa; pero esta pluma que tengo entre los dedos es *de acero* y no se compadece de nada, porque todo está bajo su dominio en el tintero, y en él ejerce la tiranía. — Dicese vulgarmente que la muger cruza tres épocas en la vida: primero se halla en estado de despreciar, despues en el de cojer, y por último en el de arrebatar; es decir, que la muger á los quince años, es mariposa que juega con los hombres; despues de los veinticinco, gato que caza el raton que se presenta, y despues de los treinta, tigre hambriento que ávido recorre con los ojos *un desierto* en busca de una presa que devorar. Esto dice el vulgo aunque con otras palabras, y creo que el vulgo tiene razon; para las mugeres, el problema de su vida es el matrimonio, y tratan de resolverlo en cuanto pisan el mundo, porque el mundo no les ofrece una posicion social mientras no les quita su apellido para darles el de su dueño (ó compañero); considerado esto, puede conocerse la importancia de mi tipo, y voy á ocuparme de él, dejando á la muger en sus dos primeras fases, para tomarla en la tercera; y ¡Dios ponga tiento en mi pluma para que ellas no me acusen de nuevo é injustamente!

La solterona cruza su juventud de dos maneras: ó bien siendo una notabilidad por su hermosura ó bien siendo una mu-

ger mas—cuando no es horripilante por su fealdad, que entonces lleva el seguro de soltería, salvo algun tópicazo masculino. Las solteronas ex-notabilidades son pocas, y su estado proviene de su vanidad: se vieron rodeadas de un círculo de adoradores que se arrastraba á sus pies, y creyendo que merecian mas, esperaron, y la esperanza crecia con sus víctimas de salon, porque todo era poco para ellas, porque sus mismos adoradores, habiéndoles con la rodilla en tierra, les hicieron creer que eran demasiado pequeños para el sol de su hermosura, y consiguieron lo contrario; los que miran al sol quedan deslumbrados; los que miran á una muger hermosa, en vez de deslumbrarse ellos, le roban su luz.—¿Quién duda que los admiradores desvirtuan la hermosura con sus lisonjas? Estas nunca pasan desapercibidas, pues por mas que una muger aparente indiferencia cuando se la galantea, no puede menos de sentir la impresion que recibe, porque el pensamiento da el grito de ¡alerta! á las orejas, centinelas de su amor propio, que dejan el paso á las lisonjas; cuando se las zahiere, las mismas orejas avisan al orgullo y este se presenta armado de punta en blanco. La soltera que vé pasar los años de su juventud y que dobla el cabo de los treinta sin haber podido atraer un hombre á la coyunda, recibe el nombre de solterona: he aquí mi tipo.

Si algun ser me inspira lastima es la solterona, y disculpo todas sus faltas, porque considero la cantidad de veneno que guarda contra el mundo, veneno impotente para matar, pero que brota de sus ojos y de sus labios en las menores acciones en los mas insignificantes diálogos; y tiene razon sobrada; el mundo no puede pagarle la deuda que con ella ha contraido y el ridiculo patente en qué la pone; por eso vive atormentada, siempre histérica, siempre irritada y en guardia para defenderse, porque en cada hombre vé un enemigo y en cada muger una serpiente; todo le disgusta, todo lo censura y lo destroza para que aparezca menos bien, porque el sarcasmo es el arma que vibra su lengua: lo bueno es malo á sus ojos: no puede conceder nada á la sociedad porque está con ella en lucha abierta:

la sociedad—que es á sus ojos el matrimonio—la rechaza por su mala suerte, y ella rechaza á la sociedad, como el débil rechaza al fuerte con sus invectivas sin presentar el cuerpo para lidiar. En su boca hay siempre una sonrisa para todos, pero una sonrisa, que analizada, es un dardo; su sonrisa es un merengue lleno de acibar.

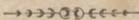
Su posición social es deplorable; pero no huye del mundo porque siempre espera la bienaventuranza, en forma de marido. La solterona que se casa es una esposa excelente: le debe al hombre que la saca de su estado mas que su vida: le debe su posición, y no hay ser desgraciado mas agradecido que una soltera; si un hombre la mira le llama impolitico, para que el mundo crea que la persigue, pero prolonga su mirada, lo devora, lo atrae y delira! permaneciendo impasible por no vender un sueño que no es mas que un sueño; si alguno le habla mas tiempo del regular en cualquiera sitio público, afecta en sus maneras un interés, un misterio, se sonrie de vez en cuando, baja la cabeza y se olvida de la gente, para que la gente se acuerde de ella y la crea enagada con una declaracion amorosa, mientras que el prójimo le está contando alguna de sus relaciones ó alguna travesura de colegio, que regularmente la solterona infunde confianza á los hombres para hablarle de otras cosas que de ella misma, sin saber que cuando dejan su lado, los califica de estúpidos y es su enemigo implacable, conformándose con sufrir siempre su conversacion si la crónica dice algo: la felicidad no es realmente la que existe sino la que cada cual se forja; y creyéndose á los ojos del mundo libre del ridiculo, se cree feliz, por mas que destroe su corazon cuando con él ajusta cuentas y le vé ración.

En un salon de baile está sentada, porque no la sacan: seria ofender á su madurez, que se trata en su figura, aunque confiesa que tiene veinticinco años, ponerla al lado de las niñas, y llama necios á los hombres que no se acercan á ella, y superficiales á las mugeres que bailan; no hace causa comun con las mamás, porque seria declararse vencida, y no se acerca á las niñas, porque no hagan com-

paraciones, siempre odiosas para su sexo; así, permanece aislada, mordiéndose la lengua y criticándolo todo: es una planta parásita de salón. Si baila, favorecida por un amigo de la casa, baila con desden, como quien presta un servicio, y pone en evidencia á las mujeres — sobre todo si son casadas, porque es irreconciliable con ellas, y la palabra paz matrimonial le horroriza.

(Se continuará.)

T. GUERRERO.



Nuestra apreciable colaboradora la distinguida poetisa Doña Angela Grassi, fué recibida días pasados por S. M. el Rey en audiencia particular, el cual se dignó admitir la dedicatoria de un drama que aquella acaba de componer. Descaremos verle puesto en escena, pues no dudamos que su éxito corresponderá al que merecen los escritos de este vaté femenino.

#### VARIETADES.

La pasión de los celos es sin duda ninguna la más borrascosa de las que afligen al corazón humano: celos no pueden existir sin un amor perfecto, como nos lo prueba la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz en los siguientes versos.

Si es causa amor productivo  
de diversidad de afectos  
que con producirlos todos  
se perfecciona á sí mismo.

Y si el uno de los más  
naturales es los celos,  
como sin tenerlos, puede  
el amor estar perfecto?

Pero como en este siglo desgraciado y corrompido, ya no manda el corazón sino el cálculo, inútil es que pretendamos ni aun creer lo que remotamente conocemos.

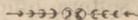
Quando el amor propio llega á apoderarse por completo del hombre, se con-

vierte este en un ser el más insufrible; en nosotras es cierto que esta cualidad se hace más general, pero esto no obstante jamás abusa la mujer en los términos que su compañero.

« La mujer, decía Diderot, en su delirante imaginación recuerda lo pasado, vaticina lo futuro y todos los tiempos le están presentes. » Véase como nosotras aventajamos en memoria al hombre.

Las mujeres más bellas, encantadoras y discretas se figuran que todos las quieren excepto su amante; así dicen ellos.

San Agustín decía á la mujer, «eres débil y servirás al hombre.» La aserción del santo es bien cumplida, y no podrán quejarse estos de que nosotras procuremos conservarla con las modificaciones á que haya lugar.



#### I.

#### CHARADA.

En las capas, en chaquetas  
y otras prendas, se hace el forro  
de mi primera y segunda  
y á tal gusto me acomodo.

Lo que segunda y tercera  
nos dice, los seres todos  
que habitamos este mundo,  
no hay que vacilar que somos.

Desde prima con tercera  
veo la función de toros,  
y á una provincia de España,  
nombre dá, hermosas, el todo.

#### II.

#### LOGOGRIFO.

Soy una antigua matrona: habito en el alma  
del buen cristiano. Adivina como me llamaré.

38, Cervantes, por F. S. Madirolas.